

Cuando la inclusión llega a la universidad

Por Julia Villacreses
(julia_villacreses@hotmail.com)

En el segundo semestre de 2016 se me presentó la oportunidad de trabajar como asesora pedagógica en la unidad de admisiones de una universidad pública. Me fueron asignados 240 alumnos aspirantes por un cupo universitario, en su mayoría novatos. Mis funciones consistían en acompañamiento y seguimiento de los procesos académicos de los alumnos, así como en la orientación para la solución de inquietudes y/o problemas que pudieran surgir en el desarrollo del curso.

Después de la presentación en cada aula de mis alumnos asignados, coordinamos la primera asesoría, la cual consistía en llenar una ficha referente a sus datos personales y académicos, analizarla, buscar

soluciones según cada caso y revisar que los documentos personales estuvieran completos. Cada alumno debía asistir en la fecha y hora indicada. Los alumnos cumplían con su cita, y así llegaron 239 alumnos.

Sin embargo, me faltaba una alumna, a quien yo le pedía, a través de sus compañeros, que por favor se presentara. No obstante, los días pasaron y no llegó. Mi

Gaby me había demostrado que a pesar de no comunicarse de manera verbal lo podía hacer usando medios tecnológicos o escritos, y que sus ganas de ser diseñadora eran muy grandes.

interés era que ella se acercara a la asesoría y no que yo fuera a buscarla.

Entonces empecé a indagar a los profesores acerca de la alumna que no llegaba a la asesoría, y la primera impresión de uno de ellos fue: “Ella es una malcriada, nunca habla, parece muda”. Otro profesor me dijo “siempre está sola, no hace grupos y nunca pregunta nada”. En ese momento mi interés por la alumna desconocida se hizo mayor.

Me dediqué a observarla; quería descubrir el porqué de su comportamiento. También consulté a la directora de la Unidad si conocía algo adicional acerca de dicha alumna y me indicó que sus padres habían llevado un informe del problema



que presentaba, pero que académicamente respondía normalmente. Pedí leer el informe y ¡oh sorpresa! la alumna desconocida tenía “mutismo selectivo severo”.

Desde ese instante mi reto como asesora fue mayor. Tener una alumna de inclusión era tocar el cielo. Mi experiencia en trabajo con chicos con capacidades diferentes me llevaba a un mundo mágico, pero Gaby buscaba ingresar a la universidad.

Entonces, las estrategias y esfuerzos daban un gran giro, mis responsabilidades eran mayores. Gaby ya no sería la alumna desconocida, ella ahora sería mi Gaby, la alumna que tanto esperé en la primera asesoría, “la malcriada”, “la que no hablaba”, “la solitaria”, quien ahora estaba en mis manos y debía conocer.

Fue entonces que busqué una estrategia para hacerme su amiga. Encontré que podía lograrlo a través de una red social (Facebook).

A partir de aquel día nuestras conversaciones fueron frecuentes, mi objetivo radicaba en fortalecer nuestra amistad

donde predomine la confianza, solo de esa manera podíamos formar un buen equipo de trabajo. Pasó una semana y al fin nos conocimos, tenía ganas de hacerle tantas preguntas y fue la conversación más agradable y chistosa que pude haber tenido, yo hablaba y ella me contestaba escribiendo.

Le propuse armar una metodología de estudio acorde a las necesidades de cada materia y a lo que ella se comprometía a dar para completar los puntajes en las diferentes actividades; de igual manera, conversé con los profesores acerca de su caso y las diferentes metodologías de estudio que se podían llevar para que su inclusión pase desapercibida, recalando no tener consideraciones especiales en sus calificaciones, pues Gaby me había demostrado que, a pesar de no comuni-

carse de manera verbal, lo podía hacer usando medios tecnológicos o escritos, y que sus ganas de ser diseñadora eran muy grandes.

El día de la publicación final de las calificaciones mi corazón latía a mil, mi alegría fue inmensa al observar que Gaby había aprobado y ya no sería la aspirante. Ahora era una universitaria que tendría nuevos retos. Gaby nos demostró que nuestros objetivos se cumplen solamente cuando creemos en nosotros, que los obstáculos son un aprendizaje más en nuestras vidas, que el trabajo en equipo se basa en la confianza y en las ganas que le pongas y que con un poco de esfuerzo podemos lograr todo lo que anhelamos.

Ahora Gaby está en cuarto semestre de Diseño Gráfico. Conversamos menos por sus obligaciones; sin embargo, aún recibe mis consejos académicos, nos contamos nuestras anécdotas, buscamos soluciones y desde ya espero con ansias el día de su graduación.

Gaby, eres mi inspiración y esta historia se tenía que contar...

El día de la publicación final de las calificaciones mi corazón latía a mil, mi alegría fue inmensa al observar que Gaby había aprobado y ya no sería la aspirante.